

a dos o tres verduleras, asquerosas bacentes, que iban borrachas y con los pechos al aire. Luego seguía la diputación de la Asamblea nacional, y los carruajes del rey, que rodaban por la obscuridad polvorosa de un bosque de picas y bayonetas. A las portezuelas del coche iban algunos traperos llenos de guñapos, y carniceros con su sangriento delantal a la espalda, con su desnudo cuchillo a la cintura, y las mangas remangadas: el imperial, el pescante y el sitio de los lacayos estaban ocupados por otros personajes del mismo jaez. Disparábanse tiros de fusil y de pistola, y el populacho gritaba: ¡Ahi van el pastelero, la pastelera y el marmitón! Delante del hijo de San Luis, y a guisa de oriflama, se elevaban sobre dos alabardas las cabezas de dos guardias de corps, rizadas y empolvadas por un peluquero de Sèvres.

El astrónomo de Bailly dijo a Luis XVI en el hotel de Ville que el pueblo, humano, fiel y respetuoso, acababa de conquistar a su rey: y el monarca, por su parte, muy sensible a esta manifestación y muy contento, declaró que había ido a París por su propia voluntad: falsedades indignas, hijas de la violencia y del miedo, que deshonoraban a todos los hombres y a todos los partidos. El rey no era falso, sino débil; pero si la debilidad no es lo mismo que la falsedad, hace sus veces: el respeto que deben inspirar la virtud y la desgracia de Luis XVI, santo y mártir, convierten todo juicio humano en un casi sacrilegio.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.—MIRABEAU. — UNA SESIÓN DE LA ASAMBLEA NACIONAL.—ROBESPIERRE.—SOCIEDAD. — ASPECTO DE PARÍS.—DE LO QUE YO HACÍA EN MEDIO DE ESTE BULLICIO.—MIS DÍAS SOLITARIOS.—LA SEÑORITA MOUET.—ARREGLO CON MALESHERBES MI VIAJE A AMÉRICA.—BONAPARTE Y YO, SUBTENIENTES DESCOCIDOS.—EL MARQUÉS DE LA ROUERIE.—ME EMBARCO EN SAINT-MALO.—ÚLTIMOS PENSAMIENTOS AL DEJAR MI PAÍS NATAL.

Los diputados abandonaron Versalles y tuvieron su primera sesión el 19 de octubre en uno de los salones del arzobispado. El 9 de noviembre se trasladaron al recinto del Manège, cerca de las Tullerías.

La asamblea constituyente, a pesar de todo lo que puede reprochársele, no dejó de ser por eso la congregación popular

más ilustre que había existido, tanto por la grandeza de sus transacciones como por la inmensidad de sus resultados. No hubo cuestión política, por elevada que fuese, que no tratase y decidiese con acierto. ¡Qué hubiera sido de ella si se hubiese atendido únicamente a los acuerdos de los estados generales, y no hubiese tratado de avanzar más de lo que éstos avanzaron! Todo lo que la experiencia y la inteligencia humana habían descubierto, concebido y elaborado durante tres siglos, se halla consignado en estas actas, así como los diversos abusos de la antigua monarquía y los medios propuestos para remediarlos. En ellas consta también la reclamación de todas las libertades, incluso la de la prensa, y la promoción de toda clase de mejoras para la industria, las manufacturas, el comercio, los caminos, el ejército, las contribuciones, la hacienda, la enseñanza, etc. Hemos atravesado, sin sacar provecho alguno, abismos de crímenes y montones de gloria; la república y el imperio no han servido para nada; el imperio sólo reguló la fuerza brutal de los brazos que la república había puesto en movimiento, dejándonos la centralización; administración vigorosa, que en mi juicio es un mal, pero que es quizás la única que pudiera reemplazar entonces las administraciones locales cuando todas estaban destruídas, y cuando la anarquía y la ignorancia bullían en todas las cabezas.

Unido por los desórdenes y los azares de su vida a los más grandes acontecimientos y a la existencia de los presidiarios, de los despojadores y de los aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia y diputado de la democracia, tenía algo de Graco y de don Juan, de Catilina y de Guzmán de Alfarache, del cardenal de Richelieu y del cardenal de Retz, del truhán de la regencia y del salvaje de la revolución. Poseía, además, la esencia de los Mirabeau, familia florentina desterrada, que conservaba algo de esos palacios armados y de esos grandes facciosos contados por el Dante; familia que se había naturalizado en Francia, donde el espíritu republicano de la Edad Media en Italia, y el sentimiento feudal de nuestra Edad Media se habían reunido en una sucesión de hombres extraordinarios.

La extraordinaria fealdad de Mirabeau, aplicada sobre el fondo de la belleza particular a su raza, producía como una figura poderosa parecida al juicio final de

Miguel Angel. Los sureos que la viruela había dejado sobre el semblante del orador semejaban la huella que deja el fuego al pasar. La naturaleza parecía haber modelado su cabeza para el imperio o para el cadalso, sus brazos estaban tallados para comprimir con ellos una nación o robar una mujer. Cuando sacudía su cabellera mirando al pueblo, lo paraba; cuando levantaba su planta y mostraba sus uñas, la plebe corría furiosa. Yo lo he visto, en medio del espantoso desorden de una sesión, sombrío e inmóvil en la tribuna; recordaba el caos de Milton, impenetrable y sin forma en el centro de su confusión.

Tenía algo de su padre y de su tío, quienes, como Saint-Simon, escribían a la diabla páginas inmortales. Suministraban discursos para la tribuna, y escogía de ellos lo que su espíritu podía amalgamar a su propia substancia. Sacaba su energía de sus vicios, y estos vicios no nacían de un temperamento débil, sino de pasiones profundas, abrasadoras y tempestuosas. El cinismo de las costumbres lleva a la sociedad, destruyendo el sentimiento moral, una especie de bárbaros de la civilización, aptos para destruir como los godos, pero no tienen, como ellos, el poder de fundar; aquéllos eran los enormes hijos de una naturaleza virgen; éstos son los abortos monstruosos de una naturaleza depravada.

Dos veces encontré a Mirabeau en un banquete: una en la casa de la sobrina de Voltaire, la marquesa de Villette, y otra en el Palais-Royal, con diputados de la oposición que Chapelier me había hecho conocer: Chapelier fué al patíbulo en la misma carreta que mi hermano y el señor de Malesherbes.

Mirabeau habló mucho, y, sobre todo, mucho de sí propio. Aquel hijo de leones, león él mismo, con cabeza de quimera; excesivamente positivo en los hechos, era todo lo novelesco, todo lo poeta, todo lo entusiasta posible por su imaginación: en su lenguaje se reconocía al amante de Sofía, exaltado en sus sentimientos y capaz del sacrificio. «Yo encontré a esa mujer adorada...—me dijo—; supe lo que era su alma, esa alma formada por manos de la naturaleza en un momento de magnificencia.»

Sus aventuras amorosas, con sus deseos de retiro, que mezclaba al través de áridas discusiones, me encantaban. Me interesaba, además, por otro motivo: también él había sido tratado severamen-

te por su padre, que, como el mío, guardaba la inflexible tradición de la autoridad paternal absoluta.

El gran convidado se extendió sobre la política extranjera, y no dijo casi nada sobre la política interior, que era, no obstante, lo que le preocupaba; pero dejó escapar algunas palabras de soberano desprecio contra los hombres que se proclamaban superiores, merced a la indiferencia con que ven las desdichas y los crímenes. Mirabeau había nacido generoso, sensible a la amistad, fácil para perdonar las ofensas. A pesar de su inmoralidad, su conciencia no se había falseado; sólo era corrompido para sí propio: su espíritu recto y firme no hacía del asesinato una sublimidad de la inteligencia, y no sentía admiración por los asesinos.

Mirabeau era orgulloso, y se elogiaba ultrajándose; aunque se constituyó en mercader de paños para ser elegido por el pueblo (la nobleza había tenido la honrosa locura de rechazarlo), estaba orgulloso de su nacimiento. Pájaro cuyo nido fué entre cuatro torrecillas, dice su padre. Exigía que se le calificase con el título de conde, y vistió a sus pajes y lacayos con la librea de su casa, cuando todo el mundo suprimía sus colores y cuarteles. Con frecuencia citaba a su pariente, el almirante de Coligny. Habiéndolo llamado el Monitor Riquet: «¿Sabéis—dijo colérico al periodista—que durante tres días habéis desorientado a Europa con vuestro Riquet?» Repetía esta gracia impudente y tan conocida: «En otra familia, mi hermano, el vizconde, sería el hombre de talento y la mala cabeza; en la mía es el tonto y el hombre de bien.»

El fondo de los sentimientos de Mirabeau era monárquico; suya es esta hermosa frase: «He querido curar a los franceses de la superstición a la monarquía y substituir a ella su culto.» En una carta que debía ser leída por Luis XVI, escribía: «No quisiera haber trabajado tan sólo en una vasta destrucción.»

Removía la opinión con dos grandes palancas: de un lado tomaba su punto de apoyo en las masas, de quienes se había constituido defensor, despreciándolas; del otro, aunque traidor a su orden, sostenía la simpatía por las afinidades de casta y comunes intereses. Nunca sucederá esto al plebeyo, campeón de las clases privilegiadas; sería abandonado de su partido sin conquistarse la aristocracia,

ingrata por naturaleza cuando no se ha nacido en su seno.

Mirabeau ha hecho muchos discípulos. Rompiendo los lazos morales, algunos han soñado que se transformaban en hombres de Estado. Estas imitaciones sólo han producido pequeños perversos: el que se vanagloria de ser corrompido y ladrón, no es más que un miserable perdido; el que se cree despreocupado, no es sino un vil, y el que se lisonjea de ser criminal, sólo es un infame.

Muy pronto para él, demasiado tarde para ella, Mirabeau se vendió a la corte, y la corte lo compró. Vendió su *nombra*, por una pensión y una embajada: Cromwel estuvo a punto de trocar su porvenir por un título y la orden de la Jarretiera. A pesar de su soberbia, Mirabeau no se estimaba en lo que valía. La tumba lo desligó de sus promesas, poniéndolo al abrigo de los peligros que seguramente no habría podido vencer; su vida habría demostrado su debilidad para el bien; su muerte lo ha dejado en posesión de su fuerza para el mal.

Al terminar el banquete se discutía sobre los enemigos de Mirabeau: yo me hallaba a su lado, y no había pronunciado una sola palabra. Mirándome fijamente con sus ojos de orgullo, de vicio y de genio, y aplicando su mano sobre mi espalda, me dijo: «Jamás me perdonarán mi superioridad.» Aun siento la impresión de aquella mano, como si Satanás me hubiese tocado con su abrasada planta.

Cuando Mirabeau fijó sus miradas sobre un joven mudo, ¿tuvo un presentimiento de mis destinos futuros? ¿Pensó que algún día tendría que comparecer ante mis recuerdos? Estaba yo destinado a ser el historiador de los altos personajes que han ido desfilando ante mí, sin que yo me haya acogido a su manto para hacerme arrastrar con ellos a la posteridad.

Mirabeau sufrió ya la metamorfosis que se opera en todos aquellos cuya memoria está destinada a vivir: llevado desde el Panteón a las sentinas, y conducido de nuevo al Panteón, se ha elevado a toda la altura de los tiempos que hoy le sirven de pedestal. No es ya el Mirabeau real, sino el Mirabeau idealizado, tal como lo retratan los pintores para hacerlo el símbolo o el mito de la época que representa; así es más falso y más verdadero. De tantas reputaciones, de tantos acontecimientos, de tantas ruinas, sólo

quedan tres hombres, cada uno de ellos enlazado a cada una de las tres grandes épocas revolucionarias. Mirabeau para la aristocracia, Robespierre para la democracia, Bonaparte para el despotismo.

Las sesiones de la Asamblea nacional ofrecían un interés que las sesiones de nuestras cámaras están muy lejos de excitar. Era necesario acudir muy temprano para lograr un asiento en las tribunas más altas. Los diputados llegaban comiendo, hablando, gesticulando, y se agrupaban en los varios ángulos de la sala, según sus opiniones. Después de leer el acta se fijaba el punto de discusión convenido, que siempre era algún proyecto extraordinario. Jamás se trataba allí de los inspidos artículos de una ley; la destrucción siempre formaba parte de la orden del día. Se hablaba en pro y en contra; todo el mundo improvisaba bien o mal; los debates eran borrascosos; las tribunas se mezclaban en la discusión, ya aplaudiendo y vitoreando, ya silbando y gritando a los oradores. Los diputados se apostrofaban desde un banco a otro. Mirabeau, el joven, cogía por el cuello a su competidor; Mirabeau, el mayor, gritaba: ¡*Callen las treinta voces!* Un día estaba yo colocado detrás de la oposición realista; teniendo delante de mí a un caballero del Delfinado, de negra tez, pequeño de estatura, que saltaba de furor sobre su asiento, y decía a sus amigos, señalando hacia el lado de la mayoría: «¡Caigamos, espada en mano, sobre esos miserables!» Las mujeres del mercado, que estaban haciendo calea en las tribunas, lo oyeron, se levantaron, gritando todas a la vez, con sus calcetas en la mano y el espumarajo en la boca: ¡*A la linterna!* El vizconde de Mirabeau, Lautrec y otros jóvenes nobles querían asaltar las tribunas.

Aquel escándalo fué eclipsado en seguida por otro: muchos peticionarios, armados de picas, se presentaron en la barra. «El pueblo se muere de hambre—dijo una voz—; ya es hora de tomar medidas contra los aristócratas y de colocarse a la altura de las circunstancias.» El presidente les replicó: «No perdemos de vista a los traidores, y la asamblea hará justicia.» Se promovía un nuevo alboroto: los diputados de la derecha gritaban que se marchaba a la anarquía; los diputados de la izquierda replicaban que el pueblo tenía derecho a expresar su voluntad, que tenía el de quejarse de los fautores del

despotismo, sentados en el seno de la representación nacional: de esta manera denunciaban a sus colegas al pueblo soberano, que los esperaba en la linterna.

Los principales personajes pertenecían todavía al antiguo régimen; sus terribles substitutos, ocultos detrás de ellos, no solían hablar. Al final de una violenta discusión, vi subir a la tribuna a un diputado de aire vulgar, de una figura pálida e inanimada. Pronunció un discurso largo y enojoso; nadie le hacía caso; pregunté su nombre, y me dijeron que era Robespierre.

Cuando antes de la revolución leía yo la historia de los trastornos políticos ocurridos en varios pueblos, no concebía cómo se había podido vivir en aquellos tiempos; me asombraba de que Montaigne escribiese tan galanamente encerrado en un castillo del cual no podía salir sin correr el riesgo de ser cogido por las partidas de los de la Liga o de los protestantes.

La revolución me ha hecho comprender la posibilidad de esta existencia. Los tiempos de crisis redoblan la vida de los hombres. En una sociedad que se derrumba y se reconstruye, la lucha de dos genios, el choque del pasado y del porvenir, la mezcla de las costumbres antiguas con las modernas, forman una combinación transitoria que no dejan lugar al tedio. Las pasiones y los caracteres, se manifiestan en toda su libertad, con una energía que no tienen, por lo común, en épocas normales.

Yo no podré pintar mejor la sociedad de 1789 y de 1790 que comparándola a la arquitectura del tiempo de Luis XII y de Francisco I, cuando los órdenes griegos se mezclaron con el estilo gótico, o más bien asimilándola a la colección de ruinas y de sepulcros de todos los siglos, confundidos y amontonados, después del terror, en los claustros de los Pequeños Agustinos; con la diferencia de que las ruinas de que yo hablo estaban vivas, y variaban continuamente. En todos los ángulos de París había reuniones literarias, sociedades políticas, y de espectáculos; las futuras celebridades andaban desconocidas entre la multitud, como las almas a la orilla del Leteo antes de haber gozado de la luz. Yo vi al mariscal Gouvion-Saint-Cyr desempeñando un papel en el teatro de Marais, en *La madre culpable*, de Beaumarchais. Entonces se saltaba del club de los Fuldenses al club de

los Jacobinos, de los bailes y de las casas de juego a los grupos del palacio real, de la tribuna de la Asamblea nacional a la tribuna al aire libre. Recorrían las calles diputaciones populares, piquetes de caballería y patrullas de infantería. En el teatro los actores publicaban las noticias; el público entonaba himnos patrióticos. Las piezas de circunstancias cautivaban a la multitud. Si aparecía un abate en escena, el pueblo gritaba: «¡*Calotin!* ¡*Calotin!* ¡*Calotin!*», y el abate respondía: «¡*Señores, viva la nación!*» Se iba a oír cantar a Mandini y su esposa, a Viganoni y Rovedino, en la *Opera Buffa*, después de haber oído aullar a Carra; se admiraba a la señora Dugazon, a la señora Saint-Aulin, a Carline, a la pequeña Olivier, a la señorita Coutat, Molé, Fleury, a Talma, que debutaba entonces, después de haber visto ahorcar a Favras.

Los paseos en el bulevar del Temple y en el de los Italianos, titulado *Coblentza*, y las calles del jardín de las Tullerías, estaban inundados de mujeres rozagantes; tres jóvenes, hijas de Grètry, brillaban allí blancas y sonrosadas como sus adornos; pero las tres murieron bien pronto. «¡Se ha dormido para siempre—dice el padre, hablando de su hija mayor—, sentada sobre mis rodillas y tan hermosa como cuando vivía!» Infinidad de carruajes cruzaban las calles o salpicaban a los descamisados; se veía a la señora de Buffon, sentada y sola en un faetón del duque de Orleans, parado a la puerta de algún club.

La elegancia y el gusto de la aristocracia se encontraban en el hotel de La-Rochefoucault, en las *soirées* de la señora de Poix, de Henin, de Limiane y de Vandreuil. En casa del señor Necker, en la del conde de Montmorin y en la de los ministros, adonde concurrían, con la señora Staël, la duquesa de Aiguillon y las señoras de Beaumont y de Serilly, figuraban todas las nuevas ilustraciones de Francia y todas las libertades de las nuevas costumbres. El zapatero, con uniforme de oficial de la guardia nacional, tomaba en sus rodillas la medida de nuestro pie; el capuchino, afeitado, leía los periódicos en un figón, y en un círculo de mujeres locas se veía a un religioso gravemente sentado. La gente visitaba estos conventos, abiertos al mundo, como los viajeros recorren en Granada salones desiertos de la Alhambra, o como se detienen en el Tiber bajo las columnas del templo de la Sibila.

Por otra parte, todo era fuerza, combates y amores, mezclas de prisión y de fraternidad política, reuniones misteriosas; paseos retirados, silenciosos, solitarios, juramentos eternos; ternuras indefinibles, entre el ruido sordo de un mundo fugitivo y el lejano rumor de una sociedad vacilante que amenaza desplomarse sobre las felicidades colocadas al borde de los sucesos. Unos se comprometían en la senda revolucionaria; otros fraguaban la guerra civil; algunos partían para el Ohio, precedidos de planos de castillos que pensaban levantar en el país de los salvajes; al par que otros marchaban a reunirse a los príncipes; los realistas afirmaban que tal estado de cosas terminaría una de aquellas mañanas por un decreto del parlamento; los patriotas anunciaban como próximo el reinado de la paz y de la felicidad con el de la libertad, y cantaban aquello de:

La sainte chandelle d'Arras,  
Le flambeau de la Provence,  
S'ils ne nous éclairent pas,  
Mettent le feu dans la France,  
On ne peut pas les toucher,  
Mais on espère les moucher.

¡Y he aquí cómo pensaban Robespierre y Mirabeau! «Tan difícil es para cualquiera autoridad humana—decía *La Estrella*—prohibir que el pueblo francés discuta, como esconder el sol en la tierra o encerrarle dentro de un agujero.»

El palacio de las Tullerías, cárcel enorme llena de condenados, se levantaba en medio de estas fiestas de la destrucción. Los sentenciados jugaban también, aguardando *la carreta, la campanilla, la camisa encarnada*, puesta a secar; y a través de las ventanas se veían las brillantes iluminaciones del círculo de la reina.

Circulaban profusamente folletos y diarios, las sátiras y los poemas; las canciones de las *Actas de los Apóstoles* respondían al *Amigo del Pueblo* o al *Moderador* del club monárquico, redactado por Fontanes; en el *Mercurio*, Mallet du Pan, de la tribuna política, estaba en oposición con La Harpe, y Chamfort en la literaria del mismo diario. Champeenetz, el marqués de Bonnay, Rivarol, Mirabeau (el Holbein de la espada, que levantó sobre el Rin la legión de los *húsares de la Muerte*), y Honorato Mirabeau, el mayor, se entretenían en hacer, cuando comían, caricaturas, y *El Pequeño Almanaque de los grandes hombres*. Honorato iba a proponer inmediatamente la ley marcial o la venta de los bienes del clero. Pasaba la noche en casa de la señora Jay,

después de haber afirmado que no saldría de la Asamblea nacional sino por la fuerza de las bayonetas. *Igualdad* consultaba al diablo en las carreras de Montrouge, y regresaba al jardín de Monceaux a presidir las orgías dispuestas por Laelos. El futuro regicida no degeneraba de su raza; prostituido doblemente, la desmoralización lo entregaba fatigado ya a la ambición. Lauzun comía en su casita de la barrera del Maine, con bailarinas de la Opera, agasajadas por Noailles, Dillon, Choiseul, Narbonne, Talleyrand y otros elegantes del día, de los cuales nos quedan dos o tres momias.

La mayoría de los cortesanos, célebres por su inmoralidad a fines del reinado de Luis XV y durante el reinado de Luis XVI, se habían alistado bajo la bandera tricolor: casi todos combatieron en América, tiznando sus cordones con los colores republicanos. La revolución los empleó mientras se mantuvo a mediana altura, haciéndolos los primeros generales de sus ejércitos. El duque de Lauzun, el amante romántico de la princesa Czaritorisca, volante de las mujeres en los caminos reales, el Lovelace que *tenta* ésta, y luego aquélla, según la jerga noble y casta de la corte; el duque de Lauzun, nombrado duque de Biron, mandando a favor de la Convención en la Vendée, ¡qué compasión! El barón de Bezenval, cínico y embustero narrador de la corrupción de la alta sociedad, comprometido en el suceso de la Bastilla, a quien salvaron Necker y Mirabeau, únicamente porque era suizo, ¡cuánta miseria! Cuando la revolución se engrandeció, abandonó con desdén a los frívolos apóstatas de la monarquía; tuvo necesidad de sus vicios, y después de sus cabezas; no despreció ninguna sangre, ni aun la de la Dubarry.

El año 1790 puso digno remate a la desmoralización de 1789. Los bienes de la Iglesia pasaron al Estado, la constitución civil del clero fué decretada y la nobleza abolida.

Mirabeau perdió su popularidad en este año; sus relaciones con la corte eran evidentes. Necker se retiró del ministerio sin que nadie tuviese deseos de substituirlo. Las tías del rey, partieron para Roma con pasaporte de la Asamblea nacional. A su regreso de Inglaterra, el duque de Orleáns se declaró el más humilde y obediente servidor del rey. Las sociedades de los *Amigos de la constitu-*

*ción*, multiplicadas en el país, se adherían a la sociedad central de París.

Notaba en mi carácter disposiciones favorables para la vida pública; lo que pasaba me atraía, porque entre la multitud podía conservar mi aislamiento, y no tenía que combatir mi timidez. Frecuenté los salones que participaban del movimiento universal, y había hecho en ellos, a mi pesar, algunos conocimientos.

La marquesa de Villette fué uno de ellos.

Su esposo, de una reputación calumniada, escribía con *Monsieur*, hermano del rey, en el *Diario de París*. La señora Villette perdió una hija de diez y seis años, más encantadora aún que su madre, y para ella escribió el caballero de Parny estos versos, dignos de la antología:

Dulcemente dormida  
torna al cielo la vida  
sin queja del destino;  
y acaba su contento  
como muere en el viento  
del avecilla el melodioso trino.

Mi regimiento, que estaba de guarnición en Rouen, conservó hasta muy adelante su disciplina. Pero, por último, estalló la insurrección entre los soldados de Navarra. El marqués de Montemart emigró; los oficiales lo siguieron. Yo, que no había adoptado ni rechazado las nuevas opiniones, y estaba tan poco dispuesto a combatir las como a defenderlas, no quise emigrar ni continuar en la carrera militar, y me retiré.

Sostenía frecuentes disputas con mi hermano y el presidente de Rosambo; y disensiones bastante agrias con Ginguene, Laharpe y Chamfort. A nadie agradaba, desde mi juventud, mi imparcialidad en política. Además, yo no concedía importancia a las cuestiones del día más que por la relación que tenían con las ideas generales de libertad y dignidad humanas; me fastidiaba la política personal; mi verdadera vida se hallaba en regiones más elevadas.

Las calles de París, llenas de gente día y noche, estorbaban mis extravagancias. Para aislarme, me refugiaba en el teatro, instalándome en el fondo de un palco, y dejaba errar mi pensamiento entre los versos de Racine, la música de Sacchini, o los bailes de la Opera.

El señor Monet, director de minas, y su hija, enviados por la señora Ginguene, iban alguna vez a turbar mi soledad: la señorita Monet se colocaba en la delantera del palco, y yo me sentaba, entre contento y enfadado, a su espalda. Ignoro si

me agradaba o la quería; lo que sé es que le tenía miedo.

Cuando se había marchado lo sentía, alegrándome de no verla más. Sin embargo, iba algunas veces sudando a buscarla a su casa para acompañarla a paseo; le daba el brazo, y creo que apretaba un poco el suyo.

Me obsesionaba la idea de ir a los Estados Unidos, y necesitaba un motivo de utilidad para mi viaje: pretendía descubrir (como lo he dicho en estas *Memorias* y en muchas de mis obras) el paso al Nordeste de la América. Este proyecto tenía algo de mi naturaleza poética. Nadie se ocupaba en mí: yo era entonces, lo mismo que Bonaparte, un mísero subteniente, enteramente desconocido; los dos partíamos de la obscuridad en la misma época: yo iba a buscar mi fama en la soledad; él, su gloria entre los hombres. Sin lazos con ninguna mujer, mi sílfide ocupaba aún mi imaginación. Yo soñaba la felicidad, realizando con ella mis correrías fantásticas en las florestas del Nuevo Mundo. Por la influencia de otra naturaleza, Atala se ha convertido, bajo las sombras de la Florida, en mi flor de amor, mi fantasma sin nombre de los bosques de la Armórica.

El señor de Malesherbes me animaba para este viaje. Todas las mañanas iba a verle: con la nariz pegada a los mapas comparábamos las diferentes líneas de la cúpula ártica; calculábamos las distancias del estrecho de Behring hasta la bahía de Hudson; comentábamos las relaciones de los navegantes y viajeros ingleses, holandeses, franceses, rusos, suecos y daneses; buscábamos el camino que se había de seguir por tierra para llegar a la ribera del mar polar; conocíamos las dificultades que había que superar, las precauciones que era preciso tomar contra el rigor del clima; los ataques de las fieras y la falta de víveres. Este hombre ilustre me decía: «Si yo fuese más joven, le acompañaría, y me aborrearía el espectáculo de tantos crímenes, tanta locura y cobardía; pero a mi edad es preciso morir donde se está. No deje de escribirme en toda ocasión, comunicándome sus progresos y descubrimientos; yo les daré valor con los ministros. Es muy sensible que no sepa usted la botánica.» Al acabar estas conferencias hojeé a Tournefort, Duhamel, Bernard de Jussieu, Grew, Jacquin, el diccionario de Rousseau, las *Flores elementales*, fuí al jardín del rey, y ya me creía un Linneo.

En enero de 1791 tomé seriamente mi resolución. El caos aumentaba; bastaba llevar un nombre *aristócrata* para ser perseguido; cuanto más concienzuda y moderada era una opinión tanto más sospechosa se hacía, y más se la perseguía. Así, pues, dejé en París a mi hermano y mis hermanas, y me dirigí a la Bretaña.

En Fougères encontré al marqués de la Rouerie, y le pedí una carta para el general Washington. El coronel Armand (nombre que daban al marqués en América) se había distinguido en la guerra de la independencia americana. En Francia se hizo célebre por la conspiración realista que costó tan preciosas víctimas a la familia de Desilles. Rival de Lafayette y de Lauzun, precursor de La-Rochejacquelein, el marqués de la Rouerie tenía más espíritu que ellos; como el primero se había batido muchas veces; había robado actrices en la Opera como el segundo y se hubiera hecho compañero de armas del tercero. Los estudiantes de Derecho de Rennes lo amaban a causa de su actividad en la acción y su libertad de ideas: fué uno de los doce caballeros bretones que estuvieron presos en la Bastilla.

Elegí a Saint-Malo para embarcarme, con el objeto de abrazar a mi madre. Ya dije anteriormente cómo pasé por Combourg, y los sentimientos que me agitaron. Permanecí dos meses en Saint-Malo, haciendo los preparativos de mi viaje, como en otra ocasión con mi partida proyectada a las Indias.

Ajusté el viaje con un capitán, llamado Desjardins, que debía transportar a Baltimore al abad Nagault, superior del seminario de San Sulpicio, y muchos seminaristas, bajo la dirección de su jefe. Tales compañeros me hubieran convenido más cuatro años antes: de cristiano celoso me había convertido en ateo. Este cambio me produjo la lectura de los libros filosóficos. Creía de buena fe que un espíritu religioso se veía paralizado hasta cierto punto; que había verdades que no podían llegar hasta él, por muy superior que fuese. Este orgulloso bendito me hizo cambiar: yo suponía en el espíritu religioso la ausencia de una facultad que precisamente falta en el espíritu filosófico: la inteligencia limitada cree verlo todo, porque tiene los ojos abiertos; la inteligencia superior consiste en cerrarlos, porque lo ve todo por dentro. Finalmente, una cosa me vencía: la desesperación inmotivada que llevaba en el fondo del corazón.

Una carta de mi hermano anunciando a mi madre la muerte de Mirabeau, fijó en mi memoria la fecha de mi partida. Tres días después de la llegada de esta carta me embarqué en el buque donde ya estaba mi equipaje. El sol se ocultaba en Occidente, cuando el piloto costero nos abandonó. El tiempo era sombrío, la brisa suave, y las olas se estrellaban pesadamente contra las rocas de la costa, a algunos cables de distancia del buque.

Mis miradas se fijaban en Saint-Malo; acababa de dejar a mi madre bañada en llanto. Veía los campanarios de la iglesia donde había rezado con Lucila, los muros, los fuertes, las torres, los arenales donde transcurrió mi infancia con Gesril y mis camaradas de diversiones: abandonaba mi patria destrozada, cuando perdía un hombre a quien nadie podía reemplazar. Me alejaba igualmente incierto de los destinos de mi país y de los míos: ¿quién perecería; la Francia o yo? ¿Volveré a ver esta Francia y mi familia?

Por la noche nos detuvo la calma a la salida de la rada; los hogares de la ciudad y los faros se encendieron; estas luces, vacilantes bajo mi techo paterno, parecían sonreírme, dándome su último adiós alumbrándome entre las rocas, las tinieblas de la noche y la obscuridad de las olas.

Acompañado de mi juventud y mis ilusiones, desertaba de un mundo, cuyo polvo había pisado y cuyas estrellas conté; por otro mundo, cuyo cielo y tierra me eran desconocidos. ¿Qué me esperaba al llegar al término de mi viaje? Perdido en las playas septentrionales, los años habrían pasado en silencio sobre mi cabeza; la sociedad se hubiera renovado en mi ausencia. Yo no hubiera tenido nunca la desgracia de escribir; mi nombre hubiera sido ignorado, o no hubiera alcanzado más que una de esas famas que la envidia desdenea. ¿Quién sabe si yo hubiese atravesado el Atlántico, si no me hubiera fijado en las soledades, exploradas con tantos riesgos, como un conquistador en medio de sus conquistas!

¡Pero no! yo debía volver a mi patria para cambiar en ella de miserias, para ser otra cosa de lo que había sido. Este mar, que me vió nacer, iba a ser la causa de mi segunda vida; yo iba por él, en mi primer viaje, como en los brazos de mi nodriza, confidente de mis primeras lágrimas, y de mis primeros placeres. El reflujo, a falta de viento, nos arrastraba a lo largo; las luces de la costa fueron

desapareciendo. Cansado de reflexiones, de pesares vagos y de esperanzas más vagas aún, bajé a mi camarote, me acosté, balanceado en mi hamaca al ruido de las olas que acariciaban el flanco del buque; se levantó viento, las velas se hincharon, y cuando a la mañana siguiente subí a cubierta, ya no se veía la tierra de Francia.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

PRÓLOGO. — TRAVESÍA DEL OCÉANO

Treinta y un años después de mi viaje a América de simple subteniente, me embarqué para Londres con un pasaporte redactado en estos términos: «Dejen pasar al señor vizconde de Chateaubriand, par de Francia, embajador del rey cerca de S. M. B., etc., etc.» No había señas de ninguna clase; mi grandeza debía dar a conocer mi cara en todas partes. Un vapor, fletado para mí únicamente, me llevaba de Calais a Douvres. Al desembarcar en territorio inglés, fui saludado por la artillería del fuerte. Un oficial llegó de parte del comandante a ofrecerme una guardia de honor. Me apeé en Shipwright-Inn, y el dueño y los criados de la posada me recibieron con muestras del mayor respeto. La señora alcaldesa me invitó a un sarao en nombre de las más hermosas señoras de la ciudad. El señor Billing, agregado a mi embajada, me esperaba. El pueblo, reunido bajo mis ventanas, hace resonar el aire con sus gritos. Vuelve el oficial y, contra mis deseos, coloca centinelas en la puerta. Al día siguiente, después de haber repartido muchas monedas con el busto del rey, mi señor, me pongo en camino en un carruaje ligero. Mi servidumbre viene detrás en otros carruajes, precediéndome correos que llevan mi librea. Pasamos por Cantóbery, atrayendo las miradas del pueblo y de los pasajeros que cruzaban.

Sumido en el golfo de vapor, como pudiera estar en una de las bocas del Tártaro, cruzo la ciudad, y llego al hotel de la embajada, Portland Place. El encargado de negocios, conde de Caraman; los secretarios de embajada, vizconde de Marcellus, barón E. de Cazes, el señor de Bourqueney y los agregados, me reciben con extremada finura. Me presentan las tarjetas de los ministros ingleses y de los embajadores extranjeros, que ya tenían noticia de mi próxima llegada. El día 17

de mayo del año de gracia de 1793 desembarqué, con dirección a la misma ciudad de Londres, en Southampton, humilde y desconocido viajero, procedente de Jersey. Ninguna alcaldesa se apercibió de mi paso; el alcalde de la ciudad me dió un pasaporte, que contenía mis señas en inglés: «Francisco Chateaubriand, oficial francés del ejército de los emigrados, con cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, patillas y cabellos negros.» Entré pobre y enfermo en una ciudad opulenta y famosa, donde reinaba el señor Pitt, y fui a alojarme por seis chelines al mes en una buhardilla que me había preparado un pariente de la Bretaña, al final de una calle pequeña, junto a Tottenham-Court-Road.

«¡Ah! Monseñor, ¡cuánto difiere vuestra vida, hoy llena de honores, de aquellos dichosos tiempos!»

Sin embargo, otra obscuridad me envuelve en Londres. Mi posición política encubre mi fama literaria; no hay un necio en los tres reinos que no prefiera el embajador de Luis XVIII al autor de *El Genio del Cristianismo*. Ya veré lo que sucede después de mi muerte, o cuando haya dejado de reemplazar al duque de Decazes cerca de Jorge IV, sucesión tan extravagante como el resto de mi vida.

Siendo embajador, uno de mis mayores placeres consistía en dejar mi carruaje al extremo de una calle y recorrer a pie las callejuelas que había frecuentado en otro tiempo; los arrabales populares donde se refugia la miseria bajo el amparo de un mismo dolor; los abrigos ignorados que yo visitaba con mis compañeros de desgracia, ignorando si al día siguiente podría comer; yo, cuya mesa se cubre ahora tres o cuatro veces. Sólo encuentro rostros desconocidos en estas puertas estrechas y miserables, abiertas en otro tiempo para mí. Ya no veo a mis compatriotas, conocidos por sus gestos, su manera de andar, y por la vejez y forma de sus trajes; ya no veo a estos sacerdotes mártires, con su alzacuello y su sombrero de tres candiles, la levita larga y gastada, y a quienes los ingleses saludaban a su paso. Desde mi buhardilla descubriría un cementerio que ha desaparecido en el recinto de una fábrica. Cuando voy a casa de lord Liverpool, siento encontrar el sitio vacío del cadalso de Carlos I; modernas construcciones, estrechando la estatua de Carlos II, se han antepuesto con el olvido a sucesos memorables.

¡Cuánto echo de menos, en medio de mis inspidas pompas, aquel mundo de tribulación y de lágrimas, aquellos tiempos en que yo mezclaba mis penas con las de una colonia de desgraciados! Es indudable que todo cambia, que muere también la desgracia como la prosperidad. ¿Qué ha sido de mis hermanos de emigración? Los unos han muerto, los otros han sufrido diversa suerte: ellos han visto, como yo, desaparecer sus parientes y sus amigos: ellos son más desgraciados en su patria que lo eran en tierra extranjera. ¿No teníamos en esta tierra nuestras reuniones, nuestras fiestas, y, sobre todo, nuestra juventud? Madres de familia, niñas tiernas que comenzaban su vida en la adversidad, traían el fruto semanal de su trabajo para disfrutar de algún bailecito de la madre patria. Oráramos el 21 de enero y el día de la muerte de la reina en capillas construidas por nosotros en casuchas viejas, conmovidos por la oración fúnebre que pronunciaba el cura emigrado de nuestra aldea. Paseábamos a la orilla del Támesis, viendo los buques cargados con las riquezas del mundo, y contemplando las casas de campo de Richmond; nosotros, tan pobres; nosotros, privados del techo paterno: ¡y todo esto constituía una felicidad!

Cuando llegué en 1822, en lugar de ser recibido por mi amigo, temblando de frío, que abre la puerta de nuestra buhardilla tuteándome; y que se acuesta sobre su mala cama al lado de la mía, abrigándose con su pobre vestido, y teniendo por única luz un rayo de luna; yo atravieso al resplandor de antorchas, entre dos filas de lacayos, que concluyen en cinco o seis secretarios, y luego, aturcido por las palabras: *Monseñor, Milord, Excelencia, Señor Embajador*, a un salón tapizado de oro y seda.

¡Señores, os ruego que me dejéis! ¡Tregua a tanto Milord! ¿Qué queréis que haga por vosotros? Id a refros a la cancillería como si yo no estuviese. ¿Prendéis que tome en serio esta mascarada? ¿Creéis que soy tan necio que vaya a pensar que he cambiado de naturaleza porque he cambiado de traje? Me decís que el marqués de Londonderry va a venir, el duque de Wellington ha preguntado por S. E.; el señor Caning os busca; la señora Jersey os espera a comer con milord Brougham; la señora Gwidir os cita a las diez a su palco en la Opera, y la señora Mansfield a media noche en Almacks.

¡Piedad! ¿Dónde me ocultaré? ¿Quién me librará de estas persecuciones? ¡Volved, días hermosos de mi miseria y de mi soledad! ¡Vamos, antiguos camaradas de camas de campaña y lechos de paja, marchémonos al campo, al jardín de una despreciable taberna a beber una taza de mal te, hablando de nuestras locas esperanzas, de nuestra ingrata patria, y de nuestras penas, buscando el medio de asistirnos los unos a los otros, de socorrer a algunos de nuestros parientes, aún más necesitados que nosotros!

Tales son mis ideas en estos primeros días de mi embajada en Londres. No puedo disipar la tristeza que me asedia bajo mi dorada techumbre, más que alimentándome con otra tristeza menos pesada, en el parque de Kensington, que no ha cambiado; los árboles solamente han crecido; siempre solitario, los pájaros hacen en él en paz su nido. Ya no es moda reunirse en estos lugares, como lo era cuando la más hermosa de las francesas, señora Recamier, los atravesaba seguida de la multitud. Desde el borde de los prados desiertos de Kensington me recreo viendo correr, a través de Hide-Park, los caballos y los carruajes de los elegantes, entre los cuales figura mi tálburi vacío.

En este parque de Kensington he meditado el *Ensayo histórico*; releendo el diario de mis expediciones allende el mar, entresaqueé los amores de *Atala*; en este parque también, después de haber errado por los campos bajo una atmósfera pesada, bosquejé con lápiz las pasiones de *René*. Por la noche depositaba la cosecha de mis sueños del día en el *Ensayo histórico* y en los *Natchez*. Ambos manuscritos marchaban a la par; y eso que casi nunca tenía dinero para comprar el papel, y reunía las hojas con puntas que arrancaba de los maderos de mi habitación por falta de hilo.

En estos sitios siento el influjo de mis primeras inspiraciones reflejando sobre el presente la dulce luz de los recuerdos: yo me siento arrastrado a coger la pluma. ¡Se pierden tantas horas en las embajadas! Aquí, como en Berlín, no me falta tiempo para continuar mis *Memorias*, edificio que voy construyendo con huesos y ruinas. Mis secretarios desean ir por la mañana a comer de fonda y por la noche al baile: ¡enhorabuena! Los criados, Peter, Valentín, Lewis, van a su taberna; y las criadas, Rosa, Pepa y María a paseo: ¡lo celebro! Se me deja la llave de la puerta exterior, y el señor embajador

queda encargado del cuidado de su casa: ¡si llaman, él saldrá a abrir! ¡Todos se han marchado; estoy solo; manos a la obra!

Hace veintidós años, como acabo de decir, que tracé en Londres los *Natchez* y *Atala*; estoy precisamente en mis *Memorias* en la época de mis viajes por América; esto se vuelve a unir maravillosamente. Suprimiendo estos veintidós años, como en efecto se han suprimido, de mi vida, partiremos a las florestas del Nuevo Mundo: la historia de mi embajada llegará, cuando Dios quiera, a su fecha; pero, por poco que permanezca aquí, tendré el placer de llegar desde la catarata del Niágara al ejército de los príncipes de Alemania, y de éste a mi retirada a Inglaterra. El embajador del rey de Francia puede contar la historia del emigrado francés en el lugar de su mismo destierro.

El capítulo anterior terminó con mi embarque en Saint-Malo. Pronto salimos del Canal de la Mancha, y la inmensa marejada del Oeste nos anunció el Atlántico.

Las personas que no han navegado, difícilmente pueden formarse una idea de las sensaciones que se experimentan cuando, desde la cubierta de un buque, no se ve por todas partes más que la faz del abismo. Hay en la peligrosa vida del marino una independencia inspirada por su situación lejos de la tierra; en la costa se dejan las pasiones del hombre; entre el mundo que se abandona y el que se busca no hay más patria ni amor que el elemento sobre que se flota, no hay deberes que llenar, visitas que cumplir. La lengua misma de los marineros no es la lengua ordinaria; es una lengua como la que hablan el Océano y el cielo: la calma y la tempestad.

Los marinos quieren apasionadamente a su buque: lloran de pena cuando lo abandonan, de ternura cuando lo vuelven a encontrar. No pueden vivir con su familia; después de jurar cien veces que no se expondrán más al mar, les es imposible pasar sin él, como un joven no puede separarse de los brazos de una querida borrascosa e infiel.

No es raro encontrar en los astilleros de Londres y Plimouth hombres nacidos en los buques; desde su infancia hasta su vejez no han saltado jamás a tierra; no la han visto más que desde su cuna flotante, espectadores de un mundo que no

han pisado. En esta vida, reducida a un círculo tan pequeño, bajo las nubes y sobre los abismos, todo se anima para el marinero: un ancla, una vela, un mástil, un cañón, son personajes a los que cobra afecto y que tienen cada uno su historia.

La vela fué destrozada sobre la costa de Labrador; el maestre le puso la pieza que tiene.

El áncora salvó la embarcación cuando cejó sobre las otras áncoras en medio de los corales de las islas de Sandwich.

El mástil, que era de una pieza, se rompió en una borrasca en el cabo de Buena Esperanza; ahora es más fuerte porque es de dos.

El cañón es el único que no fué desmontado en el combate de la Chesapeake.

Las noticias de a bordo son muy interesantes; acaban de echar la guindola; el buque corre bastante.

La arena del reloj pasa con dificultad, lloverá; se han visto peces al Sur, se prepara calma; se ha formado un clarito al Oeste en las nubes, es el pie del viento, mañana soplará de esta parte.

El mar ha cambiado de color; se han visto flotar maderas y yerba; se han visto gaviotas y ánales; un pajarito ha venido a descansar en una verga; es necesario tomar la vuelta de afuera, porque la tierra está próxima, y no es bueno atracar de noche.

En la espineta hay un gallo favorito, mejor dicho, un gallo sagrado, que sobrevive a todos: es famoso por haber cantado durante un combate, como si estuviera en un corral en medio de sus gallinas. Un perro de piel verdosa y listada, cola pelada, bigotes de crin, habita bajo el puente; firme sobre sus patas, opone su peso al balanceo del buque; se salvó de un naufragio sobre un tonel. Los grumetes dan al gallo el bizcocho mojado en vino, y *Catón* tiene el privilegio de dormir, cuando quiere, en el camarote del teniente.

El viejo marino se parece al viejo labrador. Sus cosechas son diferentes, es cierto; el marinero ha llevado una vida errante; el labrador no ha abandonado su campo; pero conocen igualmente las estrellas, y predicen el porvenir abriendo sus surcos. Los profetas del uno son la alondra, el petirrojo, el ruiseñor; los del otro, la procelaria y el alción. Se recogen por la noche, el uno en su camarote, y el otro en su choza, tristes albergues que

el huracán destroza sin agitar sus conciencias tranquilas.

If the wind tempestuous is blowing,  
Still no danger they descrie;  
The guiltless heart its boon bestowing,  
Soothes them with its Lullaby, etc., etc.

«Aunque sople el borrascoso viento, no ven ningún peligro; el corazón inocente, derramando su bálsamo, los arrulla con sus canciones infantiles.»

El marinero no sabe dónde acabará su vida; quizás al mezclar con el viento su último suspiro, será arrojado al fondo de las olas, atado a dos palos, para continuar su viaje; tal vez será sepultado en un islote que desaparezca para siempre, como ha dormido aislado en su hamaca en medio del Océano.

El buque por sí solo es un espectáculo; dócil al más ligero movimiento del timón, hipógrifo o corcel alado, es obediente a la mano del piloto, como el caballo a la de su jinete. La elegancia de los mástiles y las cuerdas; la ligereza de los marineros que voltean en las vergas; los distintos aspectos que presenta el navío, sea que bogue inclinado por un austro contrario, sea que marche impulsado por un aquilón favorable, convierten esta máquina en una de las maravillas del ingenio humano. Tan pronto la ola y su espuma se estrellan y salpican la carena, como se divide su onda pacífica y sin resistencia ante la proa. Los pabellones, las flamas, las velas, aumentan la belleza de este palacio de Neptuno; las velas más bajas, desplegadas a lo ancho, se rodean como vastos cilindros; las más altas, oprimidas por el centro, semejan los pechos de una sirena. Animado de un soplo impetuoso, la nave, con su quilla, como si fuera un arado, surca con estrépito el fondo de los mares.

En este camino del Océano, en cuya inmensidad no se ven árboles, ni aldeas, ni ciudades, ni torres, ni campanarios, ni sepulcros; camino sin columnas, sin piedras miliarias, que no tiene más límites que el vacío, más descanso que los vientos y por la luz las estrellas, la más hermosa de las aventuras, cuando no se buscan tierras y mares desconocidos, es el encuentro de dos buques. La tripulación y los pasajeros se apresuran a subir sobre cubierta. Los dos navíos se aproximan, izan su pabellón, medio recogen sus velas, y se colocan de través. Cuando todo está en silencio, los dos capitanes, desde el alcázar de popa, se hablan con la bocina: «¿El nombre del buque? ¿De

qué puerto? ¿El nombre del capitán? ¿De dónde viene? ¿Cuántos días de navegación? ¿La latitud y longitud? Adiós, buen viaje.» Se sueltan los rizos, y la vela cae. Los marineros y los pasajeros de los dos buques se separan sin cambiar una frase: los unos buscan el sol del Asia, los otros el de Europa, que los verán morir igualmente. El tiempo arrastra y separa a los viajeros más pronto aún que el viento en el Océano: se hacen una demostración desde lejos: ¡Adiós, buen viaje! El puerto común es la eternidad. ¿Y si el buque fuese el de Cook o de La-Perouse?

El patrón de mi embarcación era un antiguo comisionado, llamado Pedro Villeneuve, cuyo nombre me agradaba porque me recordaba a la buena Villeneuve. Había servido en la India y en América, y se había encontrado en bastantes combates. Sentado en la barandilla del buque, al lado del bauprés, como un veterano bajo la parra de su jardinillo en el foso de los Inválidos, me describía el momento del zafarrancho, el efecto de las detonaciones de la artillería bajo los puentes, los estragos de las balas al hacer blanco en las cureñas, en los cañones o maderamen. Yo le hacía hablar de los indios, de los negros y de los colonos, preguntándole cómo eran sus vestidos, cómo los árboles, qué color tenía la tierra y el cielo, qué sabor los frutos, si las piñas eran mejores que los albróchigos, y las palmeras más hermosas que las encinas. Como Villeneuve era de la Bretaña, siempre concluíamos nuestra conversación con el elogio de la incomparable belleza de nuestra patria.

La campana interrumpía nuestras pláticas. Por la mañana, a una señal, la tripulación, formada en el puente, se quitaba la camisa azul poniéndose otra que secaba en las cuerdas. La camisa que dejaban era inmediatamente lavada en cubetas, en las que esta pensión de focas jabonaba también sus rostros ennegrecidos y sus piernas embreadas.

En las comidas del mediodía y de la noche, los marineros, sentados alrededor de las gamellas, mefian uno tras de otro, con regularidad y sin fraude, su cuchara de metal en el rancho. Los que no tenían apetito vendían, por un poco de tabaco o un vaso de aguardiente, su ración de galleta y carne salada a sus camaradas. Los pasajeros comían en la cámara del capitán. Cuando hacía buen tiempo, tendían una vela sobre la popa y comíamos

a la vista de un mar azul salpicado de manchas blancas, levantadas por la brisa.

Envuelto en mi capa, me tendía por la noche sobre cubierta. Mis miradas contemplaban las estrellas: la vela hinchada me enviaba la frescura de la brisa y, medio adormecido y llevado por el viento, cambiaba de cielo cuando cambiaba de pensamiento.

Los pasajeros a bordo de un buque forman una sociedad diferente de la tripulación: pertenecen a otro elemento: su destino está en la tierra. Unos van a buscar fortuna; otros van en busca de reposo; aquéllos vuelven a su patria, éstos la abandonan; esotros navegan para instruirse en las costumbres de los pueblos, estudiar las ciencias y las artes. Hay tiempo de conocerse en esta hospedería errante, que viaja con el viajero, de aprender muchas aventuras, concebir antipatías y cimentar amistades. Cuando van y vienen estas mujeres jóvenes, nacidas de sangre inglesa y sangre india, que reúnen en sí la belleza de Clarisa y la delicadeza de Sacontala, se forman lazos que atan y desatan los perfumados vientos de Ceilán, dulces como ellas, y como ellas ligeros.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

FRANCISCO TULLOCH.—CRISTÓBAL COLÓN.—CAMOENS.—LAS AZORES.—LA ISLA GRACIOSA.—JUEGOS MARINOS.—ISLA DE SAN PEDRO.

Entre los pasajeros había un inglés. Francisco Tulloch había servido en la artillería; pintor, músico, matemático, hablaba muchos idiomas. El abad Nagaut, superior de los Sulpicios, lo convirtió en católico y lo llevó a Baltimore.

Me hice camarada de Tulloch: como yo era profundo filósofo entonces, lo invité a volver al seno de su familia. El espectáculo que tenía a la vista lo transportaba de admiración. La embarcación marchaba a impulso de las olas sordas y lentas, mientras que corrían centellas de fuego mezcladas con la blanca espuma a lo largo de sus flancos. Millones de estrellas alumbraban en el sombrío azul de la bóveda celeste un mar sin límites: ¡lo infinito en el cielo y en las aguas! Nunca me ha confundido tanto la grandeza de Dios como en estas noches, en que tenía la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad bajo mis pies.

El 4 de mayo nos encontramos a la

altura de las Azores. El 6 descubrimos la isla del Pico; este volcán dominó mucho tiempo mares no navegados; inútil faro de noche y señal sin testigo de día.

Es un espectáculo sorprendente el que ofrece la tierra cuando sale del fondo del mar. Cristóbal Colón, en medio de su gente insurreccionada, dispuesto a regresar a Europa sin conseguir el objeto de su viaje, descubre una lucecita en una playa que la noche le ocultaba. El vuelo de las aves lo había guiado hacia América; el resplandor de un hogar salvaje le revela un nuevo mundo. Colón debió experimentar esa especie de sensación, que la Escritura atribuye al Hacedor, cuando después de haber sacado al mundo de la nada vió que su obra era buena: *vidit Deus quod esset bonum*. Colón creaba un mundo.

No debió maravillarse menos Vasco de Gama cuando, en 1498, llegó a la isla del Malabar. Todo cambiaba entonces en el golfo: una nueva naturaleza aparece; se descorre el velo que por espacio de miles de siglos ocultaba una parte de la tierra; se descubre la patria del sol, el lecho de donde sale todas las mañanas, como un esposo o un gigante: *tamquam sponsus, ut gigas*; se ve desnudo este brillante Oriente, cuya misteriosa historia se mezclaba con los viajes de Pitágoras, con las conquistas de Alejandro, con el recuerdo de las cruzadas, y cuyos perfumes llegaron hasta nosotros a través de los campos de la Arabia y los mares de Grecia. Europa le envió un poeta para saludarlo; el cisne del Tajo dejó oír su triste y hermoso canto en las costas de la India: Camoens les robó su esplendor, su fama y su desgracia; no dejándoles más que sus riquezas.

Cuando Gonzalo Villo, abuelo materno de Camoens, descubrió parte del archipiélago de las Azores, debió haberse reservado, si hubiese previsto el porvenir, una concesión de seis pies de tierra para cubrir los huesos de su nieto.

Anclamos en una mala rada, sobre una base de rocas por cincuenta y cinco brazas de agua. La isla Graciosa, ante la cual habíamos fondeado, nos presentaba sus colinas, cubiertas con la verdura de los trigos, y exhalando el agradable y peculiar olor de las cosechas de las Azores. Se veían en medio de estos tapices las divisiones de los campos, formadas con piedras volcánicas, blancas y negras, y amontonadas unas sobre otras. Una abadía, monumento de un mundo antiguo